



Roja

TORRE

Manuel Belgrano

# Soy Manuel

Margarita Mainé

Ilustración de tapa

**Juan Pablo Zaramella**

Ilustraciones interiores

**Carlos Aon**



Mainé, Margarita  
Soy Manuel / Margarita Mainé; dirigido por Laura Leibiker; editado por Laura Linzuain; ilustrado por Carlos Aon. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2020.  
72 p.: il.; 20 x 14 cm. - (Torre roja)

ISBN 978-987-545-867-3

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Leibiker, Laura, dir. II. Linzuain, Laura, ed. III. Aon, Carlos, ilus. IV. Título.  
CDD A863.9282

© Margarita Mainé, 2020

© Editorial Norma, 2020

Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación "N"/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: enero de 2020

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Dirección editorial: Laura Leibiker

Edición: Laura Linzuain

Corrección: Roxana Cortázar

Jefa de arte: Valeria Bisutti

Diagramación: Natalia Fernández

Documentación gráfica: Estefanía Jiménez

Fotografía: AGN (Archivo General de la Nación)

Gerente de producción: Paula García

Jefe de producción: Elías Fortunato

CC: 61091634

ISBN: 978-987-545-867-3

Agradecemos la colaboración de Bianca por su caligrafía en la página 44.



# Soy Manuel

Margarita Mainé

Ilustraciones

Juan Pablo Zaramella y Carlos Aon

**Norma**

[www.normainfantilyjuvenil.com/ar](http://www.normainfantilyjuvenil.com/ar)

*Para Héctor...  
por tantos años de clases de historia...  
Por el amor,  
por la risa,  
por la familia que construimos.*

*Procuraré hacerme digno  
de llamarme hijo de la patria.*

MANUEL BELGRANO



1

## La ventana

Cuando abro los ojos por la mañana, tengo que evitar hacer ruido. Papá trabaja hasta tarde y la casa es tan pequeña que cualquier movimiento se convierte en un sonido que lo despierta.

Me paro en la cama con mucho cuidado y, apoyado en la madera que rodea la ventana, miro. El paisaje es siempre el mismo. A una cuadra de mi casa, quizás un poco más, los autos pasan volando por la autopista. A ese ruido ya estamos acostumbrados, por eso papá sigue durmiendo aun cuando se escucha el motor de los camiones o de las motos con su sonido

ensordecedor. En cambio a mí me dan ganas de espiarlos por la ventana y pienso: "¿adónde irá toda esa gente tan apurada?".

A Rocío también le gusta dormir hasta tarde. Ella es mi hermana mayor... Me lleva solo un año pero parece más grande. Porque ella sabe leer y yo, aunque voy a la escuela, no termino de entender ese lío de letras y sonidos.

Dentro de un rato, cuando papá tome los mates de la mañana y comamos el pan que quedó de ayer, Rocío y yo vamos a ir caminando a la escuela. Allí, almorzamos en un comedor casi tan ruidoso como la autopista y después, cada uno a su grado.

Yo me siento con Laura, que vive en el mismo barrio y ya sabe todas las letras.

La maestra llena el pizarrón de palabras. Intento copiarlas y no me salen bien. Ella escribe rápido, como si la tiza fuera una moto con silenciador.

Y cuando volvemos de la escuela, mamá ya volvió de la casa donde trabaja, y si la tarde está linda y no tenemos deberes, nos deja salir con papá en el carro.



—Si van a caminar pueden venir, pero sin quejarse —dice papá, y por unas cuadras no nos deja subir porque quiere llevar el carro liviano.

Después de dos o tres paradas, el carro empieza a llenarse y nos subimos y nos reímos de cualquier cosa con Rocío. De un perro que nos ladra, de un pozo que nos hace saltar...



2

## El carro

Papá para el carro junto a esos cajones negros en los que la gente tira cosas. Son para la basura, pero en el centro de la ciudad la gente tira de todo. Él junta los cartones que después vende y muchas veces encuentra cosas que sirven.

Ayer sacó una pelota casi nueva.

—Seguro que un chico jugaba dentro de la casa y rompió un vidrio. Por eso la mamá le tiró la pelota —dijo Rocío, porque le gusta inventar la historia de lo que encontramos.

En los últimos meses salvamos a cinco muñecas de distintos tamaños. Las traemos

a casa, las bañamos, las peinamos, y a veces mamá nos arregla la ropa y cuando están listas las acomodamos en una repisa. También encontramos varios autos de juguete, y con unas maderas que papá amontona en el fondo del patio armé mi propia autopista.

Hace unos días, papá llenó el carro de libros y revistas. Que alguien tirara libros nos pareció raro. A Rocío se le ocurrió que seguramente era una persona tan viejita que ya no podía ver las letras.

Ella se agarró dos libros con dibujos porque ya sabe leer. Y yo, entre las revistas, encontré una que me gustó; aunque le faltaba la tapa, adentro tenía caballos.

Ya en la cama, mi hermana leía muy concentrada mientras yo miraba las páginas de la revista.

—¿De qué se trata? —me preguntó.

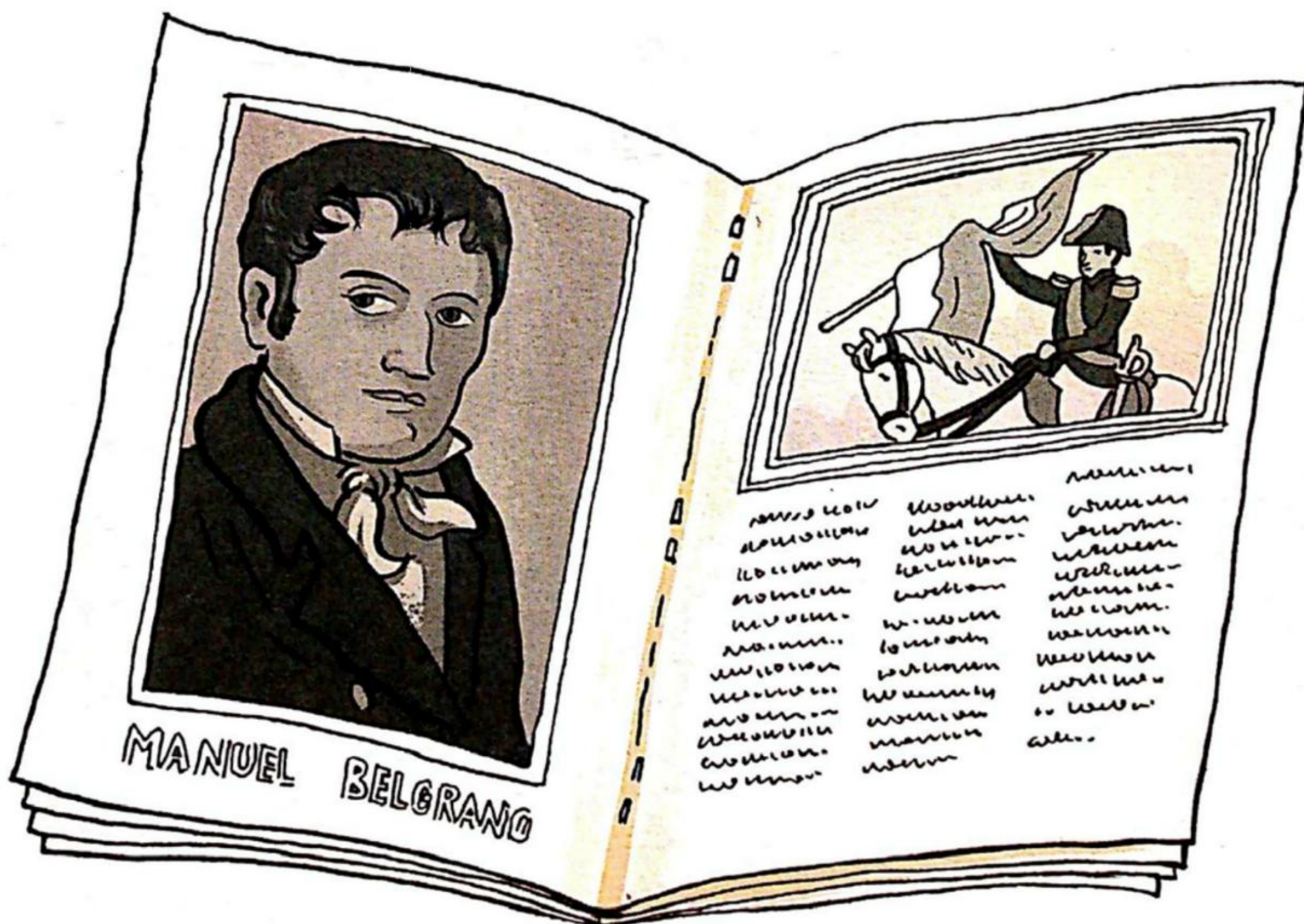
—De un superhéroe —respondí.

—¿Vuela? —dijo.

—No, anda a caballo —le expliqué.

Los dibujos ni siquiera tenían color. Igual había algo que me gustaba y era la

cara del protagonista. Era una persona... no sé... Tenía una cara... no sé... que me gustaba.



—Si querés, te la leo —me dijo Rocío.  
—No —respondí—. La voy a leer yo solo.  
Pero no era cierto. Yo miraba los dibujos y trataba de entender cuáles eran los poderes del superhéroe a caballo. Y también pensaba en cuáles eran los poderes que yo necesitaba para aprender a leer.





### 3

## La torre

Papá hace siempre el mismo recorrido con el carro. Camina rápido a la ida y despacio a la vuelta. Lo mejor es la parada en la torre. Después de atravesar el centro, donde los cajones negros están más llenos de cosas, paramos un rato. Papá se junta a conversar con mujeres y hombres que también llegan con sus carros repletos de cartones. Rocío y yo jugamos en las escaleras. Subimos y bajamos y ella siempre me gana las carreras porque tiene las piernas más largas.

—Esto es un barco —me dijo ayer a la tarde, y jugamos a que éramos marineros

y ella era la capitana que me ordenaba lo que tenía que hacer.

—Yo también quiero ser el capitán —le pedí, pero estaba mala y no me dejaba decidir nada. Porque hay días en que mi hermana es buena conmigo y otros que no me quiere ni ver.

En la entrada de la torre, sobre la calle, hay una bandera enorme que los días de viento parece que va a salir volando.

—Vamos que se hace tarde —dijo papá, y se terminó el juego. Subimos al carro y, como me pasa muchas veces, me quedé dormido sobre los cartones.

Después de comer volví a hojear mi revista, solo por imitar a Rocío, que leía en la cama de al lado.

—¿Qué hace el superhéroe? —me preguntó cerrando el libro.

—Va-a-ca-ba-llo-y-to-dos-lo-si-guen —le dije despacio, simulando leer. Creo que se dio cuenta de que yo estaba inventando y no dijo nada. Era una de sus noches buenas.



4

## La escuela

**M**e costaba concentrarme en la tarea después de almorzar. La maestra era muy amable pero los chicos eran ruidosos y yo no podía hacer otra cosa que mirarlos.

—Estás muy distraído —me dijo ella cuando miró mi cuaderno y descubrió que no había copiado bien las letras del pizarrón.

Intentaba hacerlo, pero al rato me daba cuenta de que me había equivocado y ya no me importaban la prolijidad ni el cuaderno.

—Ya estamos en junio, y todavía no lee ni una palabra —le había dicho mamá a papá en voz baja antes de dormirse. Como

la casa es tan pequeña y las paredes son de madera, la escuché. Y también la escuchó Rocío, que me tiró con la almohada para empezar la batalla y hacerme reír.

—Basta de líos —dijo mamá.

Rocío y yo volvimos a la lectura.

Yo trataba de mirar las letras de la revista, pero los ojos se me escapaban hacia los dibujos. El superhéroe llevaba una bandera y en la otra página estaba parado en la puerta de una casa que parecía una escuela porque estaba rodeado de niños.

¿Cuándo iban a decirme algo las letras?

¿Qué había que hacer para aprender a leer? ¿Por qué muchos de mis compañeros ya sabían y yo no?

¿Era magia? ¿Solo tenía que esperar y una mañana me iba a despertar leyendo?

Volví preocupado de la escuela hasta que llegó la hora de salir en el carro.

—¡Vamos de paseo! ¡Vamos de paseo!  
—cantamos con Rocío.

—Es trabajo, no paseo —nos respondió papá como siempre y se le escapó una sonrisa.



## 5 El prócer

—**H**oy vamos a hablar de nuestro prócer —dijo la maestra y yo escuché “postre”.

—¿De qué postre? —pregunté y algunos chicos se rieron.

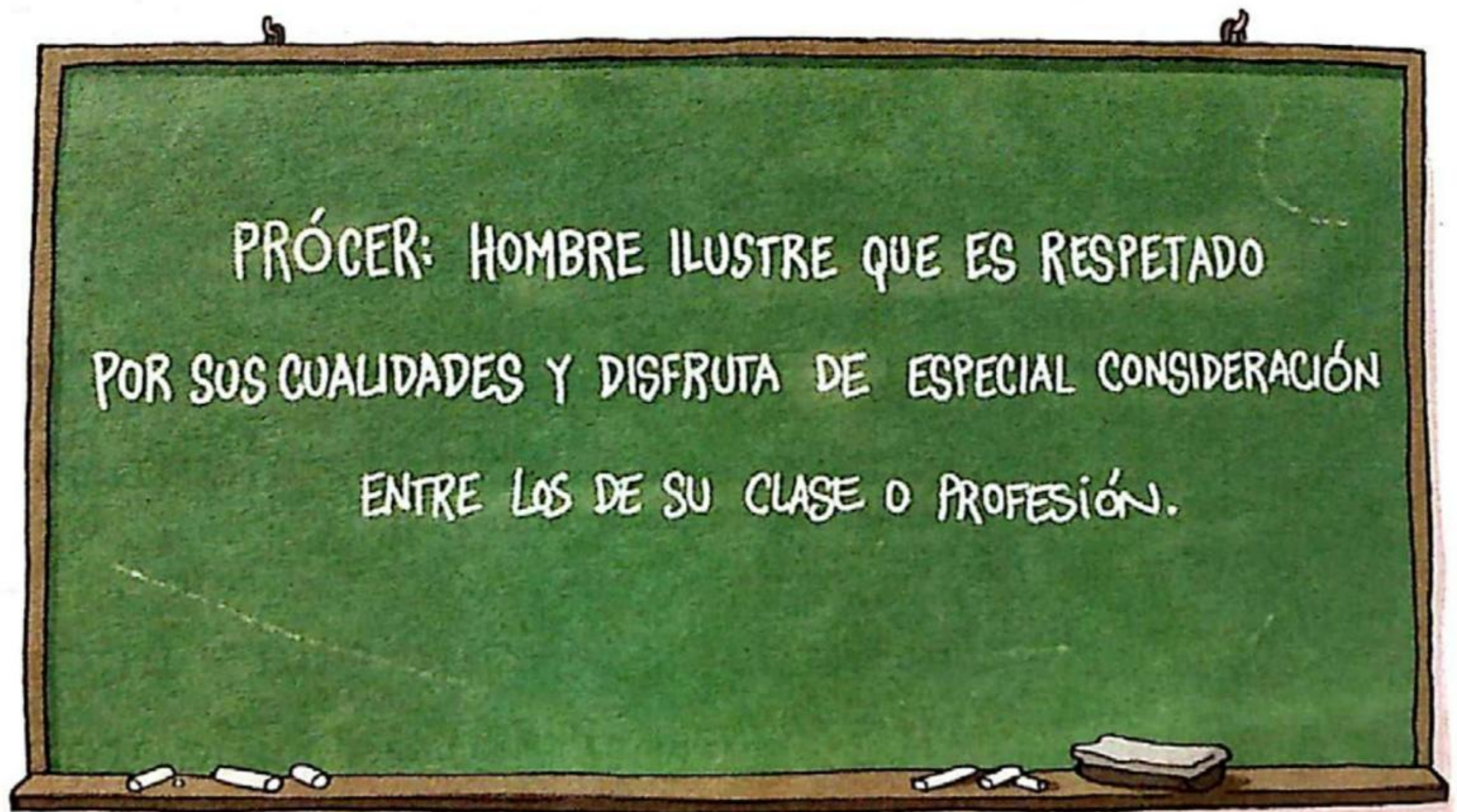
—“Prócer”... no “postre” —dijo ella y anotó la palabra en el cartel de las palabras nuevas. Allí dejaba registradas todas las palabras que ella usaba y nosotros no conocíamos.

P-R-Ó-C-E-R

La copié con cuidado porque de solo mirarla me parecía complicada. La P con la O ya sabía que sonaba PO, pero con la R en el medio no tenía idea.

—¿Saben quién es nuestro prócer? —dijo ella y se dio cuenta de que si no sabíamos lo que era un prócer menos íbamos a saber su nombre.

Entonces le pidió a Laura, que ya sabe leer bien, que buscara en el diccionario la palabra y después completó:



¿Ilustre? Me aclaró poco esta explicación. La maestra insiste en usar el diccionario, pero a mí me parece que a veces no da respuestas sino más preguntas.

—Nuestro prócer es Manuel Belgrano —dijo escribiendo ese nombre y apellido en el pizarrón.

Laura me tocó con el codo. Yo no dejé de copiar. El corazón me latió un poco más fuerte.

Después la maestra dijo que todos lo recordaban porque era el creador de la bandera, pero que Manuel (la maestra lo llamaba así, igual que como me llama a mí) había hecho muchas otras cosas y que íbamos a aprender detalles sobre su vida.

Desde ese día me gustó más ir a la escuela. Cada tarde, la maestra nos contaba una historia de Manuel. Me gustaba tener el mismo nombre que él y empecé a entender lo que era un prócer.





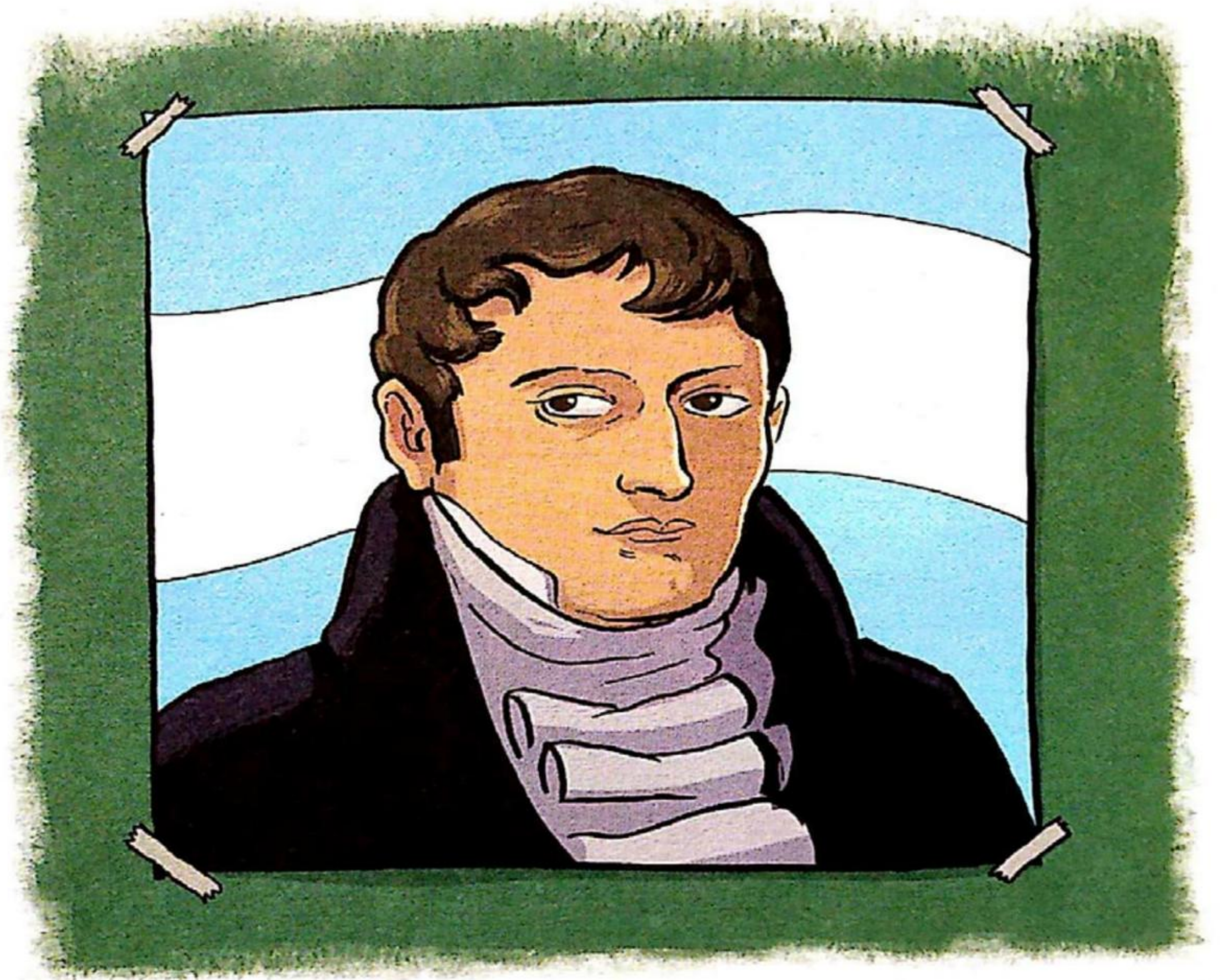
6

## Tiempos remotos

Cuando la maestra pegó una lámina de Belgrano en el pizarrón casi me caigo de la silla. Resulta que Manuel Belgrano era muy parecido al superhéroe que andaba a caballo en mi revista, ese que tenía cara de bueno y me gustaba tanto. En la imagen del pizarrón solo se lo veía a él con una bandera detrás. Estaba muy serio y con el pelo corto y oscuro, peinado sobre la frente.

—¿Andaba a caballo? —le pregunté a la maestra y ella sonrió.

—Claro —dijo—, en esos tiempos no había autos y las personas andaban a caballo o en carros, porque no existían los autos.



Pensé que ahora sí existían y nosotros seguíamos yendo en carro, pero no me animé a decirlo.

—¿Y en moto? —preguntó un compañero.

—No, ni autos ni motos ni camiones...  
—explicó la maestra.

—¿Entonces no había autopistas? —pregunté tratando de imaginar cómo sería el paisaje desde mi ventana sin ese pavimento lleno de vehículos que llenaban el aire de ruido y humo.

—No —repitió la maestra—. Mejor, antes de hablar de la vida de Manuel, vamos a recordar cómo eran aquellos tiempos remotos.

¡Qué ganas de usar palabras difíciles! ¿Remotos? ¿Qué quería decir “remotos”? ¿Tendría algo que ver con el control remoto?

Por suerte esta vez la maestra no pensó en el diccionario y nos pasó una película que mostraba cómo era el mundo cuando Belgrano vivía. Se llamaba “documental” y contaba algunas cosas:

“La ciudad era de casas bajas, las paredes blancas, los techos de tejas. Las ventanas tenían rejas de hierro. Las mujeres de la clase alta usaban vestidos largos, peinetones y abanicos...”.

—¿Eran todas altas? —interrumpió Fernando, que es preguntón.

La maestra explicó entonces que no todas las personas vivían de la misma manera. Parece que los españoles y los que tenían dinero eran la “clase alta” y tenían muchos privilegios y un montón de gente a su servicio.

“Las calles eran de tierra y cuando llovía mucho resultaba difícil andar por el barro. Para lavar la ropa, iban al río. Los comerciantes tenían sus locales frente a la plaza o vendían sus productos en las pulperías. Había vendedores ambulantes”.

Lo de los vendedores ambulantes ya lo sabía porque en la última fiesta de la escuela tuve que disfrazarme de vendedor de velas. Y no compraban velas para cuando se cortaba la luz como hacía mamá, sino porque no había electricidad. Y si no había electricidad no había televisión ni teléfono ni computadoras, nada.

—Qué aburrido vivir así —dijo Laura.

Yo me acordé de que cuando se corta la luz en casa, con Rocío jugamos a las sombras y nos reímos un montón.

—El mundo era distinto —dijo la maestra—, pero les aseguro que nadie se aburría en la época colonial.



7

## Cruzar el mar

—¿En qué quedamos ayer? —preguntó la maestra. Le gustaba saber si nos acordábamos de algo.

— ... en que en la época colonial no había nada —dijo Fernando.

—No digan que no había nada. El mundo era de otra manera, y por eso Manuel tuvo que viajar a Europa para estudiar en la universidad porque quería ser abogado.

—¿Fue en avión? —preguntó otro compañero. Con solo mirar a la maestra nos dimos cuenta de que tampoco había aviones.

—Viajó en barco, un barco que tardó dos meses en llegar.

—¿Estudió mucho? —preguntó Laura.

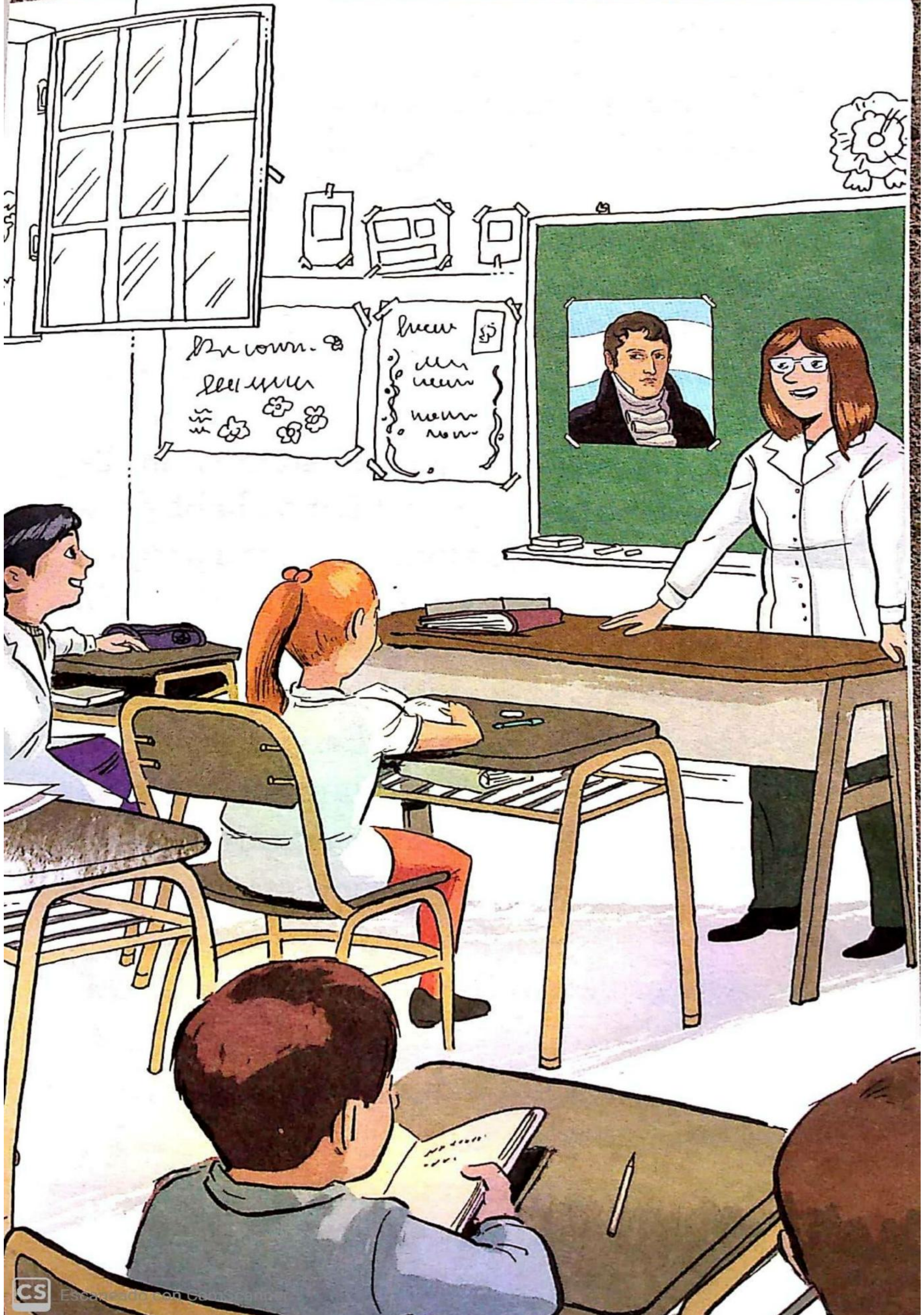
—¡Muchísimo!, porque a Manuel le encantaba aprender. Leía libros de todo tipo. Aprendió a hablar y a leer en francés, en inglés y en italiano...

En el aula se escuchó un murmullo de admiración. La maestra continuó contando:

—Manuel leyó a los grandes pensadores de esos tiempos... y empezó a creer que había muchas cosas que cambiar en nuestra tierra. No podían seguir gobernando los españoles que solo pensaban en sus propios negocios y jamás en los derechos de tanta gente que había nacido en América.

—¿O en la Argentina? —preguntó Fernando confundido.

—No era la Argentina todavía... En ese momento se llamaba Virreinato del Río de la Plata —y explicó algo del vi-rey que no entendí. Después nos siguió contando—: Manuel pensaba que a la gente había que educarla, siempre hablaba de la necesidad de que la escuela fuera pública, gratuita, obligatoria. Incluso fundó una



escuela de dibujo, otra de matemática, una de náutica.

—¿De dibujo? —pregunto Laura.

—Es que decía que el dibujo era importante para cualquier oficio: el carpintero, el zapatero, el sastre o el herrero harían mejor su trabajo si pudieran aprender en una escuela de dibujo para hacer sus diseños.

La maestra dijo que hiciéramos un dibujo de todo lo que habíamos hablado y esa tarde fue un alivio porque no copiamos nada del pizarrón. Así es más linda la escuela.



8

## ¿Próceres o superhéroes?

—¡Qué hermoso dibujo hiciste! —me dijo mamá mirando el cuaderno esa noche.

Y sí, me había esforzado un montón. Pinté sin apretar el lápiz para que el color del caballo quedara suave. Quería contarle que Belgrano pensaba que dibujar era importante, pero tuve miedo de que Rocío se riera porque ese día estaba mala conmigo.

Por la noche, quiso que le prestara mi revista.

—Yo te la leo —le dije.

—Dale —me respondió, pero se tapó la cara para que no le viera la sonrisa.

—No-e-xis-tí-an-las-au-to-pis-tas-y-por-e-so-an-da-ban-a-ca-ba-llo —le dije muy concentrado simulando leer.

—Ah... —dijo ella—, es un superhéroe de la época colonial.

—No es un superhéroe. Es un prócer —expliqué con cuidado para que no se me escapara la palabra “postre”, que todavía se me confundía en la memoria.

Rocío siguió leyendo su libro y no dijo nada. Quizá no sabía qué era un prócer.

Yo miré una por una las palabras de la revista y aunque estaban en imprenta minúscula, que era una letra difícil para mí, pude leer dos palabras:

Manuel Belgrano

¡Cómo me latía el corazón! Las letras por primera vez me habían dicho algo.



## 9

# Muchos hermanos

—La madre de Manuel se llamaba Josefa y el papá, Domingo. Tuvieron dieciséis hijos —leyó la maestra y después dijo que nos imagináramos cómo habría sido la infancia de Manuel con tantos hermanos.

—Debe haber jugado mucho —opinó Elena, que tenía cinco hermanos y ya nos parecían un montón.

—Y también debe haber ayudado en las cosas de la casa porque una mamá con quince hijos tiene mucho trabajo —agregó Laura.

—No —dijo la maestra—. ¿Se acuerdan de lo que les conté ayer? En esos tiempos las familias como la de Manuel tenían en su casa

gente a su servicio, personas de otra clase social que hacían los quehaceres de la casa. Los niños como Manuel solo tenían que estudiar. ¿Y las niñas? —agregó—. Las niñas aprendían a hacer manualidades. No podían ir a la escuela.

—¡In-jus-ti-cia! —gritaron las nenas.

Y la maestra les dio la razón:

—A Manuel también le parecía una injusticia y pensaba que a las niñas había que enseñarles a leer y a escribir, y construir escuelas para ellas.

—¿Solo para niñas? —dijo Laura.

—Sí. En esos tiempos las escuelas no eran mixtas.

—¿Mixtas? —preguntó Fernando—. ¿Como la ensalada mixta?

La maestra le explicó lo que quería decir, pero yo estaba interesado en otro tema:

—¿Y cómo aprendió a leer Manuel? —me animé a preguntar.

—Le enseñó su mamá... o alguno de sus tantos hermanos... Y también iba al Convento de Santo Domingo, donde los curas

enseñaban las primeras letras. Cuando fue un poco más grande entró al Colegio de San Carlos, que aún existe. Ahora se llama Colegio Nacional de Buenos Aires.





## 10 Fútbol

Una tarde no salimos con papá en el carro. Nos quedamos en la canchita porque se armó partido.

Rocío hizo dos goles y yo ninguno. Por eso la elegían a ella primero cuando armábamos el equipo. Mientras comíamos dijo que las nenas jugaban mejor que los varones al fútbol y mamá opinó que no era cuestión de ser nena o varón sino de práctica.

Yo me preguntaba si, solo por ser un año mayor, a ella le salía todo mejor que a mí.

Ya en la cama, no quise hojear la revista. Me tapé la cara con un almohadón porque

no me gusta que nadie me mire cuando estoy enojado.

—Manu —me dijo Rocío, arrepentida de haberme peleado—. ¿Te enseñó las letras?

—Las letras las sé, pero con eso no alcanza para saber leer.

Entonces ella se pasó a mi cama y en un cuadernito que papá había encontrado en los cajones negros me puso la M y me enseñó cómo sonaba con cada vocal. Estuvimos un rato largo con cada letra. Ahí descubrí que si alguien escribía por



mí yo lo entendía mejor. Mi problema era copiar, eso sí que no me salía.

—Mañana seguimos —dijo Rocío porque tenía sueño.

Me quedé repitiendo las silabas para acordármelas.

D-A DA

D-E DE

D-I DI

D-O DO

“Do” de “dormido”. Yo también estaba cansado.



A la mañana siguiente Rocío le dijo a mamá que yo casi sabía leer. ¿La había engañado o solo era uno de sus días buenos conmigo?



11

## La pluma

¡Era larga la historia de Manuel Belgrano! Pero día a día la maestra nos la iba contando:

—A los 15 años el papá lo mandó a España, a vivir con una de sus hermanas que ya estaba casada, para que pudiera estudiar la carrera de Abogacía en una universidad llamada Salamanca. Pero él no se contentó con estudiar lo que le pedían. Manuel era un ávido lector y se interesó por muchos autores que lo llevaron a descubrir pensamientos nuevos: valores como la igualdad, la libertad y la fraternidad.

La maestra dijo que después íbamos a buscar las palabras difíciles en el diccionario, pero por suerte se olvidó. Le gustaba mucho contar la historia de Belgrano.

—Nueve años después, cuando ya estaba recibido de abogado, le ofrecieron volver a su tierra como secretario del Consulado de Comercio en Buenos Aires, pensando que iba a defender los privilegios de los españoles.

—¿Nueve años lejos de su casa? —preguntó Laura.

—Sí —dijo la maestra—. Y aquellas ideas sobre las que tanto había leído le marcaron nuevos caminos.

—Aunque su trabajo como secretario era escribir cartas y actas para archivar, Belgrano no podía dejar de advertir las injusticias que vivían todos los días los que habían nacido en estas tierras. Y como le gustaba mucho escribir, empezó a registrar todas las ideas que tenía sobre temas muy diversos. Fue uno de nuestros primeros periodistas: sus opiniones aparecían en dos periódicos de la época. Escribía con

pluma y tintero porque en esos tiempos no había lapiceras ni biromes.

La maestra mostró una hoja con un escrito de Manuel. Era increíble. ¡Qué prolijo!

Como Señor.

En este momento y son las 6 y 1/2 de la tarde se ha hecho la salva en la Batería de la Independencia, y queda con la dotación competente por los tres cañones que se han colocado, las municiones y la guarnición.

Se dispuso por entusiasmo las tropas, y entranivamente se formasen todas aquellas, y les hablé en los terminos de la copia que acompaño.

Siendo preciso enarbolar Bandera, y no tener de la la misma trama blanca y celeste conforme a los colores de la escarapela nacional: espero que sea de la aprobación de V.E.

Diego B. a V.E. mil. a. P. Rosario 27 de Febrero de 1812.

Como Señor.

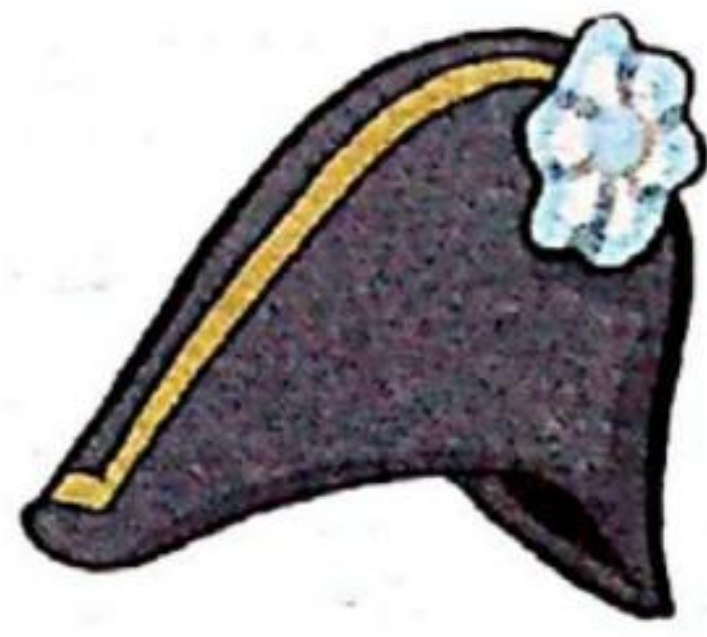
M. Belgrano

Acta de creación de la Bandera firmada por Belgrano, en Rosario, el 27 de febrero de 1812.

Este Belgrano no dejaba de sorprenderme. ¿Cómo que le gustaba escribir? Con lo que costaba dibujar la letra cursiva...

Y después la maestra también nos sorprendió. Nos dio plumas y tinta y tuvimos que escribir nuestro nombre como se hacía en esos tiempos. Fue redifícil pero yo lo intenté un montón de veces y al final me quedó bastante bien.

manuel sánchez



12

## Pa-la-bras

—Qué bien te salió la cursiva —me dijo Rocío, porque creo que era la primera vez que se podía leer algo en mi cuaderno.

—Manuel está mejorando mucho en la escuela —le dijo mamá a la vecina, y me dio un poco de orgullo y otro de vergüenza.

Después salimos con papá pero paramos en una plaza sin escaleras ni torre que estaba detrás de la estación.

—¿Por qué no paramos en la torre? —le preguntamos desilusionados. ¡Era la parte del paseo que más nos gustaba!

—Es que... —papá se puso colorado como le pasaba cuando se enojaba por algo—,

parece que no tenemos derecho a pararnos donde queremos. Nos pidieron los agentes de tránsito que con los carritos paráramos en este lugar.

Desde esa tarde, ya no nos entusiasma-  
ba tanto el paseo en el carro y nos quedá-  
bamos en casa.

Por la noche, Rocío se pasaba a mi cama y me enseñaba cómo sonaban las letras cuando iban juntas. Hasta que una vez lle-  
gó a explicarme cómo se leían dos conso-  
nantes juntas con una vocal, eso que me  
resultaba tan difícil, y me daba un ejem-  
plo con una palabra:

P-R-A

PRADO

P-R-E

PREMIO

P-R-I

PRIMERO

Y cuando ella dijo "P-R-O" yo grité  
"PRÓCER", porque me acordé de Manuel.

Después se fue a su cama y, mirando la re-  
vista, descubrí unas letras que decían "CA-  
BALLO" y "BATALLA". No dije nada. Me  
dormí contento pensando en que yo tam-  
bién podía lograr cosas como Belgrano.



## 13 Batallas

En la escuela la maestra seguía contándonos la historia de Manuel:

—A Manuel le gustaba más discutir ideas que pelear con las armas, no sabía usarlas ni tampoco sabía nada de estrategias militares; pero como los realistas, es decir, los que apoyaban al rey de España, querían seguir gobernándonos, entendió que no había más remedio que formar un ejército para derrotarlos. ¿Qué se imaginan que hizo entonces? —preguntó.

—Estudió —dije yo, porque a Belgrano le gustaba tanto estudiar.

—Sí, muy bien, Manuel —dijo ella, y algunos compañeros se dieron vuelta para mirarme porque a mí todos me decían “Manu”—. Se puso a estudiar sobre ese tema. Tomó clases para usar el fusil, leyó todo lo que pudo sobre maniobras militares y aprendió cómo mejorar los ejércitos para pelear por su patria. Porque Manuel cada cosa que hacía quería hacerla bien.

Después una nena preguntó qué quería decir “patria” y algunos chicos se rieron. Pero cuando la maestra insistió en que alguien lo explicara, nadie sabía responder. Entonces mandó a Laura otra vez a buscar la palabra en el diccionario.

PATRIA: país o lugar en el que se ha nacido o al que se pertenece.

—¿Y quieren saber cómo fue la primera vez que tuvo que pelear para defender a nuestra patria? —dijo, y sin esperar respuesta siguió con la historia—: En 1806, un buque inglés llegó a Buenos Aires con intención de invadir la ciudad.

—Pero... ¿no mandaban los españoles?

—Sí —dijo la maestra—. Gobernaban los españoles pero los ingleses querían apropiarse de estas tierras también. Belgrano los enfrentó con un pequeño grupo de hombres que no estaba bien preparado y tuvo que retirarse al primer cañonazo. Fue su primera derrota como soldado.

“Pobre Manuel”, pensé.



—¿Y se acuerdan de lo que pasó el 25 de mayo? —dijo la maestra—. Allí también estaba Manuel Belgrano formando parte de la Primera Junta, el primer gobierno patrio. Luego fue uno de los elegidos para liderar las tropas que llevaron las ideas de la Revolución al Paraguay. Y más adelante, el gobierno lo mandó como jefe del ejército que luchaba en el norte contra los que seguían apoyando al rey de España, y peleó en muchas batallas...

—Y seguro que las ganó todas —dijo Fernando.

—No —aclaró la maestra—, ganó unas y perdió otras y se desanimó, pero... ¿saben qué? Siguió adelante con el mismo esfuerzo y la misma convicción.

Después la maestra siguió hablando y hablando de batallas... y dijo nombres raros como Vilcapugio y Ayohuma.

A mí no me interesaban las batallas. A mí me gustaba el Manuel que leía, escribía y pensaba en tantas cosas.



## 14 Derechos

Cuando llegué a casa me senté a practicar la cursiva en el cuadernito en el que Rocío me había dibujado todas las letras mientras mamá cosía los bolsillos de mi delantal.

—¿Te dijo la maestra que practiques?  
—me preguntó.

—No. Yo lo pensé porque lo que hago quiero hacerlo bien —dije, y mamá me regaló una sonrisa tan linda que pensé que iba a practicar cursiva todos los días.

Al rato vinieron a buscarme para un partido. Cerré el cuadernito y fui corriendo. Rocío tenía muchos deberes así que, con suerte, me tocaría a mí hacer los goles.

Después de cenar, me concentré en las letras de mi revista. En una parte vi a Belgrano con otro hombre y pude leer yo solo: San-Mar-tín.

—¿Quién es el santo Martín? —le pregunté a Rocío y ella se rio.

—No es santo. Ya lo vas a aprender en la escuela.

No dijo nada más y pensé que ella no se acordaba y no podía inventar como cuando encontrábamos algo en los cajones.

Por lo que se veía en la revista, San Martín y Manuel eran del mismo bando.

Al día siguiente me animé a preguntarle a la maestra por San Martín.

—Muy bien, Manuel —dijo y otra vez pronunció mi nombre igual que cuando lo nombraba a él.

Después contó que cuando Belgrano ya estaba muy cansado y enfermo, le tuvo que dar su ejército al general José de San Martín. Dijo que era el próximo prócer sobre el que íbamos a investigar.

—Manuel, en su camino de batallas, fue poniendo en práctica algunas de sus ideas. Fundó pueblos, creó escuelas y dispuso que aun los más pobres tuvieran una parcela para poder sembrar. Insistió con la importancia de la escuela pública, gratuita y obligatoria. Incluso donó un premio que le otorgaron por su valentía, para construir cuatro escuelas. Estableció que los criollos y los naturales tuvieran los mismos derechos.

Yo ya sabía qué son los derechos. No son andar sin doblar. Los derechos son algunas cosas que todas las personas merecemos tener, no importa dónde nacimos ni cómo vivimos: como el derecho a comer, a ir a la escuela, a cuidar la salud, de eso se hablaba mucho en mi barrio.

Esa tarde, papá dijo que nos extrañaba y nos invitó a ir en el carro. Y cuando pasamos por el centro le dije:

—Papá, ¿por qué no vamos a la torre? Si todos tenemos los mismos derechos —dudé si una cosa tenía que ver con la otra pero me

pareció que sí. Papá detuvo el carro y me miró sorprendido.

—Ay, Manu, ¡cómo hablás desde que sabés leer! —dijo Rocío riendo, y no supe si lo decía porque estaba buena o solo me estaba cargando porque estaba mala.

—¿Ya sabe leer? —preguntó papá.

—Algunas palabras —respondí, y era la verdad.

Y papá no dijo nada. No desvió el carro y paramos en la torre. Se sentó a descansar y pudimos jugar con Rocío como antes. Ella me dejó ser un ratito el capitán del barco, pero no me hizo caso cuando le di una orden.

Por suerte, nadie vino a decirnos que no podíamos estar ahí. A la vuelta, papá iba silbando una canción que me pone contento.



15

## ¡La bandera!

— Ya sabemos que a Manuel le interesaban muchas cosas. Y también lo preocupaba cómo se identificaban sus soldados. Los otros ejércitos tenían bandera... Pero el suyo, no. Por eso propuso que los soldados usaran escarapelas que los diferenciaron de los enemigos. Desde Buenos Aires lo autorizaron pero eso no le alcanzó. Entonces, ordenó comprar tela celeste y blanca y mandó confeccionar una bandera. Después, fue con sus hombres a orillas del río Paraná y les presentó la bandera que acababa de crear. Y todos juraron vencer a nuestros enemigos al grito de “¡VIVA LA PATRIA!”.

“¡Igual que nosotros en la fiesta del 25 de mayo!”, pensé.

—¿Fue en el río Paraná? —preguntó Laura—. ¿En este río que queda cerca de mi casa? Nosotros vamos a pescar algunos domingos.

—Sí, ese es el río —respondió la maestra—, por eso para mañana les tengo preparada una sorpresa.

Aunque los chicos insistieron mucho para que la contara, la maestra dijo que tenía que consultarlo con la directora y que cruzáramos los dedos para que nos saliera bien.

A mí me encantaban las sorpresas. ¿Qué iba a proponer la maestra?

Esa tarde, la tarea fue hacer una bandera argentina en el cuaderno. Mamá me ayudó a pegar papeles pequeñitos y me quedó preciosa.

—Estás más prolijo, Manu —me dijo cuando terminamos, y me puse contento.

—Mamá...

—¿Sí? —preguntó ella.



—¿Me podés llamar “Manuel”? Ese es mi nombre, ¿no es cierto?

—Sí, claro, Manuel —dijo ella. Y aunque Rocío se burló, mamá le dijo que yo tenía derecho a decidir cómo quería que me llamaran.

¡Qué bueno era esto de tener derechos!



16

## ¡Qué sorpresa!

**A**l día siguiente esperábamos la sorpresa de la maestra.

—Para terminar de investigar sobre la vida de Belgrano vamos a salir de excursión a un lugar muy especial —dijo, contenta.

Los chicos festejaron, porque les encantaba salir de excursión. A mí no me pasa lo mismo porque si hay que pagar el micro papá y mamá se hacen problema.

—¿En micro? —preguntó Laura porque a ella le pasa lo mismo.

—No —dijo la maestra—, vamos a ir caminando. ¿Saben adónde? Al Monumento a la Bandera.

Algunos chicos se desilusionaron.

—Uhhh, ya lo conocemos —dijeron, y la maestra explicó que íbamos a hacer una visita guiada y que una señora nos iba a explicar muchos detalles que no sabíamos.

“¿Monumento? ¿Cuál monumento?”, pensé y me quedé callado porque no quería ser el único que no sabía de qué estaban hablando.

Y llegó el día. ¡Cómo nos gustaba salir de la escuela!





Llevábamos gorra para el sol, y una mochila con agua y algo para comer porque no solo íbamos a ver el monumento, sino que bajaríamos al río, donde Manuel le había presentado por primera vez la bandera celeste y blanca a su ejército.

Caminé junto a Laura conversando de una y otra cosa. Pasamos por una de las esquinas donde están los cajones negros y le conté que ahí habíamos encontrado un montón de libros. La dejé impresionada.

Después doblamos en la misma cuadra en la que lo hace papá con el carro y cuando la maestra dijo "llegamos" yo no podía creerlo: ¡estábamos en la torre!, ¡que no se llamaba "torre"! ¡Se llamaba "Monumento a la Bandera"!



17

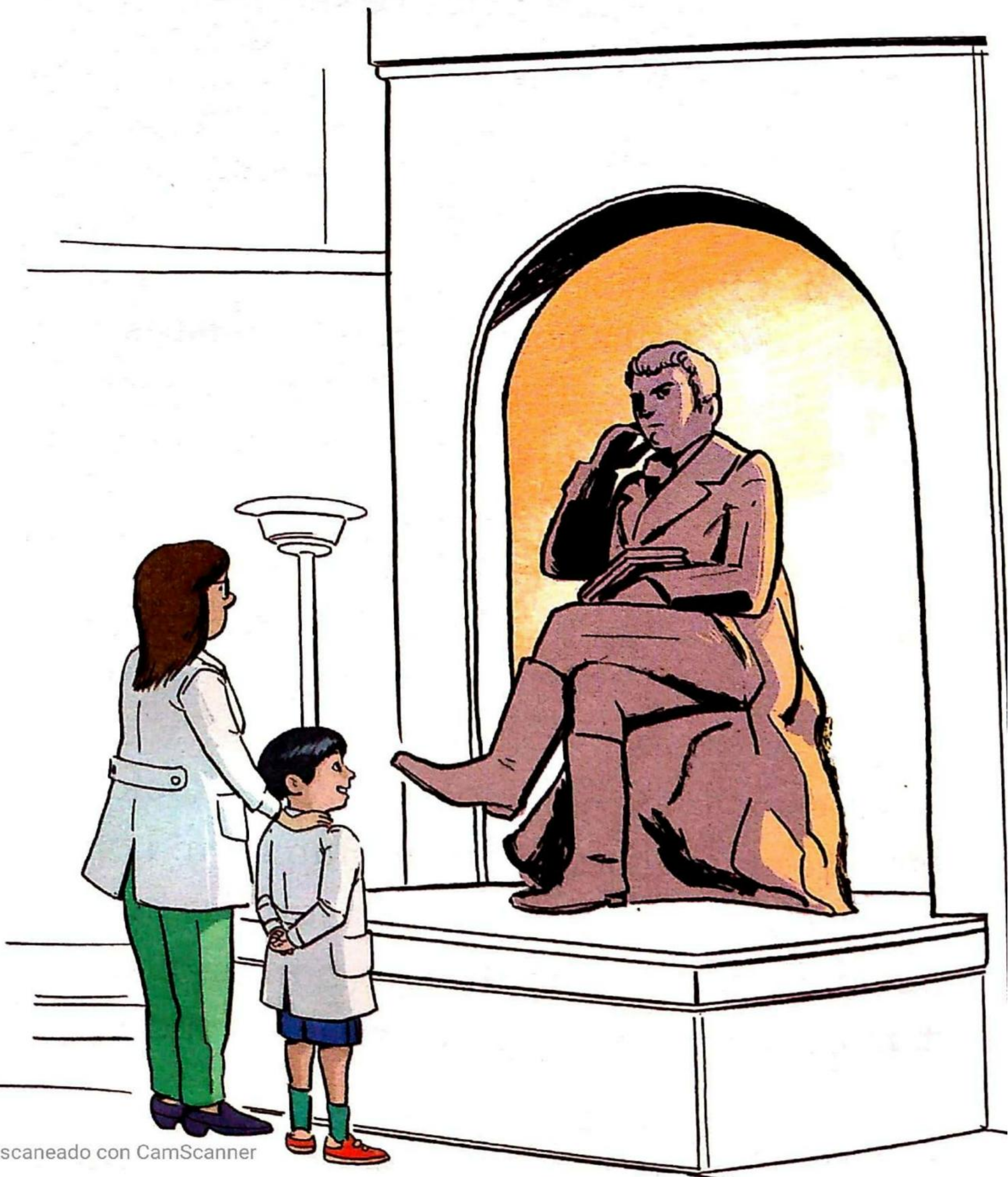
## Y otra sorpresa

La maestra trataba de hacernos callar para que la señora guía nos explicara los detalles:

—El monumento tiene una altura de setenta metros y desde su mirador se puede observar el río Paraná, donde Belgrano y su ejército enarbolaron la bandera por primera vez. Al monumento tardaron catorce años en construirlo y tiene tres partes: la torre, el patio cívico y el propileo.

No estábamos equivocados con Rocío entonces... ¡se llamaba “torre” también! Lo del propileo supuse que la maestra nos haría buscarlo en el diccionario porque nos miramos sin saber de qué estaba hablando.

En medio del recorrido, nos detuvimos frente a una estatua de Manuel Belgrano. No estaba peleando ni arriba de un caballo, como en la revista. Estaba sentado



con un libro en la mano, pensando mucho. Así lo había imaginado cuando la maestra nos contaba que estudiaba y escribía sobre tantos temas para mejorar nuestra patria. Yo sabía bien que no lo había logrado todo y que muchas de las injusticias que le molestaban seguían sucediendo, pero me gustaba que lo hubiera intentado una y otra vez sin darse por vencido.

Después la maestra nos dejó jugar un rato y los chicos corrían por las escaleras como lo hacíamos con mi hermana.

Yo me quedé mirando las letras que había en un costado del monumento... Parecía que me decían... me decían algo...

—Pro-cu-ra-ré-ha-cer-me-dig-no-de-llamar-me-hi-jo-de-la-pa-tria —leí en voz alta sin darme cuenta de que atrás estaba la maestra.

—¡Lo leíste, Manuel! —me dijo contenta y se agachó para abrazarme.

—Me lo dijeron las letras... —le dije, pero pensé: “Me lo dijo Manuel Belgrano”.

Después cruzamos hasta la costa del río Paraná. Comimos, tomamos, nos reímos y tiramos piedritas al agua.

—¿Belgrano tiraba piedras al agua? —le preguntó Laura a la maestra.

—Y... quizá sí —dijo ella—. Manuel también fue niño como ustedes.

Me imaginé que estaba entre nosotros, jugando y riendo.

La maestra contó entonces que a Manuel también le gustaba mucho la danza y que hasta había creado un paso de baile.

—¿Y si lo bailamos en la fiesta de la bandera? —preguntó entusiasmada y algunos festejaron la idea.

“Ufa —pensé—, ahora que sé leer voy a tener que aprender a bailar... ¿Es que siempre hay algo nuevo para aprender?”.

## Epílogo

Cuando me despierto temprano, ya no miro la autopista por la ventana. No me importa adónde van todos tan apurados.

Me quedo acostado y solo me muevo para buscar uno de los libros que saqué de la biblioteca de la escuela. Y me pongo a leer.

Porque ahora que por fin aprendí, las letras empezaron a decirme un montón de cosas.



### **Margarita Mainé**

Nació en Ingeniero Maschwitz, provincia de Buenos Aires. Trabajó como docente y en el aula nacieron sus primeras historias. Es autora de más de cien obras literarias para niños y varias novelas para jóvenes.

En Norma ha publicado *Betina y yo*, *Cuentos para salir al recreo*, *La familia López*, *Un incendio desastroso*, *Las cortinas rojas*, *Malku y los cabritos*; y en la serie Lucía y Nicolás: *Mi chupete*, *mi almohada*, *Quiero pis* y *Ya no somos bebés*.

En 1997 fue finalista del concurso Norma Fundalectura con su novela *Lástima que estaba muerto*, que forma parte de la colección Zona Libre, en la que también ha publicado *El (h)ijo la libertad* y *El secreto de la cúpula*.



### **Juan Pablo Zaramella**

Nació en Buenos Aires. Es ilustrador y director de animación. Sus ilustraciones fueron publicadas en importantes medios gráficos. Ha ganado premios internacionales. Su corto "Luminaris" fue preseleccionado para el Oscar al Mejor Corto Animado. Es creador de la serie "El hombre más chiquito del mundo".



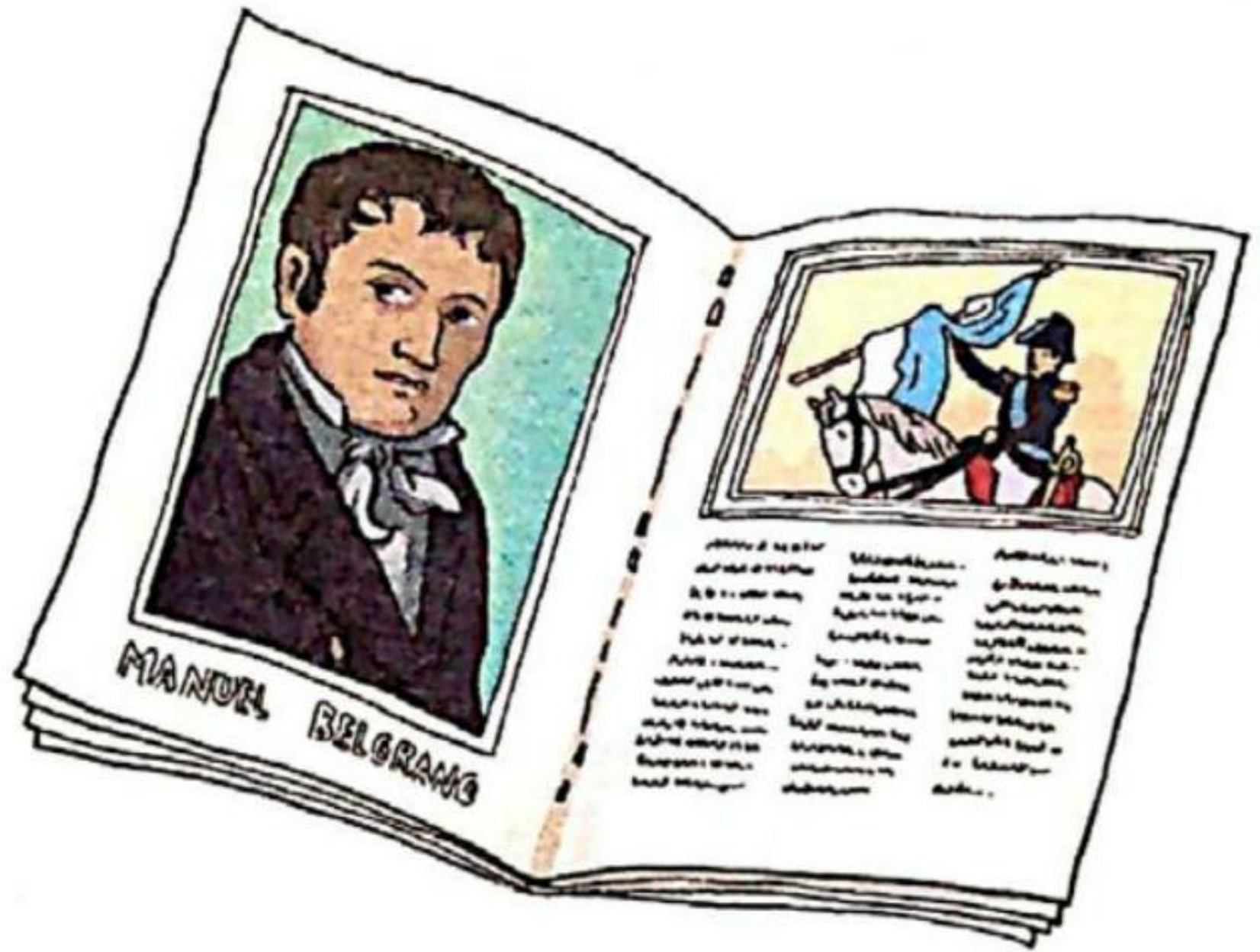
### **Carlos Aon**

Nació en Buenos Aires, en 1978. De chico quería ser inventor, pero el gusto por dibujar lo llevó a ser ilustrador de historietas.

Junto a otros artistas fundó el colectivo "La Productora", en el que editó sus primeras obras. Desde 2001 trabaja como historietista e ilustrador de libros infantiles y publica en la Argentina, Estados Unidos, China, Francia y España.

# Índice

1. La ventana.....	7
2. El carro.....	11
3. La torre.....	15
4. La escuela.....	17
5. El prócer.....	19
6. Tiempos remotos.....	23
7. Cruzar el mar.....	27
8. ¿Próceres o superhéroes?.....	31
9. Muchos hermanos.....	33



10. Fútbol.....	37
11. La pluma.....	41
12. Pa-la-bras .....	45
13. Batallas .....	47
14. Derechos .....	51
15. ¡La bandera! .....	55
16. ¡Qué sorpresa! .....	59
17. Y otra sorpresa.....	63
Epílogo .....	67

Llegaste  
a lo alto  
de esta



Ahora  
podés ver  
más lejos.

Esta obra se terminó  
de imprimir en enero de 2020,  
en los talleres de Latingráfica S.R.L.,  
Rocamora 4161, Ciudad Autónoma  
de Buenos Aires, Argentina.



HISTORIA

TORRE

## Soy Manuel

Margarita Mainé



A partir de los 7 años

*Mientras aprende a leer, un niño descubre al héroe que nos legó mucho más que la bandera.*

El pequeño Manuel recorre la ciudad sobre el carro con el que su papá junta cartones y entre los libros que alguien descartó encuentra una revista. Dentro está el dibujo de un hombre a caballo: ¿por qué será que le llama tanto la atención?, ¿será algún superhéroe...? Muy pronto, de la mano de su maestra, Manuel conocerá no solo las letras y el significado de las palabras, sino muchas cosas sobre este personaje. Sabrá por qué en nuestro país lo recordamos con tanto cariño y lo llamamos "prócer".

**Norma**

[www.normainfantilyjuvenil.com/ar](http://www.normainfantilyjuvenil.com/ar)



61091634